

Rodolfo Oroz

Reminiscencias virgilianas en Pedro de Oña



EN las principales obras de Pedro de Oña (1): el *Arauco Domado*, la más nombrada, el *Ignacio de Cantabria*, poco leída, y *El Vasauero*, casi enteramente desconocida, hallamos claros indicios de la influencia de Virgilio.

Don José Toribio Medina, en el prólogo a la edición crítica del *Arauco Domado*, destaca ya el profundo conocimiento que tenía

(1) Pedro de Oña, patriarca de la literatura chilena, nació alrededor del año 1570, en Los Infantes de Engol, en Chile (Angol), y pasó allí toda su primera juventud. Luego salió de su país, trasladándose a Lima, donde hizo sus estudios en el colegio mayor de San Felipe y de San Marcos. En Lima dió a la publicidad su primera obra literaria, "El Arauco Domado", impreso en 1576. En esta misma ciudad publicó su poema en un solo canto, titulado "El Temblor de Lima en el año 1609". Le siguió después, en 1639, el "Ignacio de Cantabria", y quedó inédito hasta 1941 el poema heroico "El Vasauero", que lleva como fecha 13 de abril de 1635.

De Oña conocemos una "Canción Real a San Francisco Solano", impreso al frente de un libro dedicado a los méritos y milagros de aquel santo.

Un "Soneto a la Universidad de San Marcos de Lima", impreso al frente de las instituciones y ordenanzas de aquella corporación (1602).

Pedro de Oña prometió escribir también una segunda parte del "Arauco Domado", pero no llevó a cabo ninguna de estas obras. Proyectó, además, un poema de género pastoril, que tampoco llegó a realizar.

Oña del idioma latino y de la mitología antigua, derivado, especialmente, de su lectura asidua de la *Eneida* de Virgilio.

Empero, no son las alusiones mitológicas que ocurren en dicha obra los únicos elementos que reconocen como fuente a Virgilio. El mismo comienzo de ese poema:

Canto el valor, las armas, el gobierno...

debió haber traído a la mente del señor Medina el primer verso de la *Eneida*:

Arma, virumque cano...

Y cuando se lee en el *Arauco Domado*:

*De blancos huesos, blanca parecía
la verde superficie de la tierra...*
(pág. 41, 20-21) (Ed. de J. T. Medina)

Oña puede haber tenido presente el verso de Virgilio:

*Campique ingentes ossibus
albent...* (Aen., XII, 36).

A no ser que haya recordado el pasaje de Tácito:

Medio campi albertia ossa (Anales I, 61-62).

O ¿le habrá causado tan profunda impresión la lectura de los versos de Ercilla?:

*Subimos la temida y agria cuesta,
de blancos huesos de cristianos llena,
que despertó el cuidado y nos dió pena* (23, 20).

Su admiración por Virgilio y la *Eneida* la manifiesta Oña también en *El Vasauro* (2).

Tratar de igualar al célebre mantuano es lo más alto a que un poeta puede aspirar.

Es tanto el brillo y tanta la gloria de los condes de Chinchón

*Que ni Euclydea pluma los guarismos
ni MANTÜANA boz cantarlos puede* (III, 101).

Y al enaltecer los méritos de los que componían el ejército del rey Fernando, exclama:

*Mas donde os dexo, Grandes de Castilla?
Si dignos del CLARÍN VIRGILIANO:
no de mi auena humilde ...* (VII, 50).

Invoca a las musas con el siguiente ruego:

*O musas alentad la trompa vuestra,
y ministradme VERSOS MANTÜANOS* (VIII, 52).

De las leyendas mitológicas que encontrara en la Epopeya virgiliana, ha atraído especialmente el interés de Oña, la de Eolo, rey de los vientos; dice en el primer libro:

*De sus pesadas cárceles Eolo
dexó salir al Zéfiro, al Galérno:* (I, 74).

(2) El argumento de este poema lo constituyen las guerras civiles de Castilla durante los primeros días del reinado de Isabel la Católica, el enlace de esta princesa con el rey de Aragón, y la campaña contra los moros de Granada, que dió por resultado la rendición de esta ciudad en 1492.

Está dedicado a don Jerónimo Fernández de Cabrera, conde de Chinchón y virrey del Perú, a cuyos antepasados les cupo desempeñar un glorioso papel en las acciones militares de la reconquista.

Y vuelve sobre este tema en el comienzo del segundo canto:

*No assí tan fácil puso en paz los vientos
el que sobre las ondas reyna solo;
cuando por Juno ayrados, i violentos
salieron de tus cárceles Eólo.
Y desquicando el mar de sus assientos,
tronar hizieron uno, i otro polo:
para que nubes lóbregas i feas,
quitasen sol, i vielo al Téucro Eneas (II, 5) (3).*

Pero la influencia de Virgilio no sólo se limita a la *Eneida*, sino que se descubren también claras reminiscencias de las *Eglogas*. Manifiestas están en los siguientes pasajes de *El Vasauero*:

*No a costa de la pública ruina
priuado gusto labres: que la rosa
no corta mano cauta en parque ameno;
si ve que tras la flor, está el veneno (I, 21).*

Idéntico temor se expresa en los siguientes versos:

*Mas no ay felicidad cumplida en cosa,
i occulto el aspid, salta de la rosa (X, 65).*

-
- (3) "Ac venti, velut agmine facto,
que data porta, ruunt, et terras turbine perfiant.
Incubuerunt mari totumque a sedibus imis
Una Eurusque Notusque ruunt, creberque procellis
Africus et vastos volvunt ad litora fluctus"
("Eneida", I, 82-86).

En este mismo pasaje se había inspirado ya una vez para su "Arauco Domado" (Canto II):

"En rápido turbión trasordinario
se revolvieron Euro, Cierzo, y Noto,
y en remolino el Abrego violento
arrebataba el rancho de su asiento" (pág. 91, 2-5).

Y en Ignacio de Cantabria:

*Muestre como en el más florido prado
le assecha oculto el aspid venenoso* (I) fol. 9.^a

Aquí tenemos una versión del tema: "La serpiente se oculta entre la flor":

*Qui legitis flores et humi nascentia fraga,
frigidus, o pueri, fugite hinc, LATET ANGUIS IN HERBA.*
(Egloga 3, 93).

Adagio latino a que recurre a menudo Góngora en sus *sonetos* (N.^{os} 23, 42, 43, etc.), y en las *Soledades*, constituyendo un lugar común que la tradición latina legó a nuestra literatura clásica.

Y ¿cómo no recordar el bello idilio virgiliano:

Sub tegmine fagi... (Egloga I, 1)

al leer en *El Vasauero* los versos:

*En el verano a SOMBRA DE LA HAYA
canta el zagal (dezis) con bel sossiego...* (X, 65).

Creo que no es muy aventurado afirmar que Oña se inspiró en esta misma poesía bucólica, cuando le hace decir hiperbólicamente al joven Fernando, que trata de consolar a la bella mora Fátima (4):

(4) En el único episodio de amor que contiene "El Vasauero" aparece el hijo de don Andrés de Cabrera, Fernando, de quien se apasiona una joven mora, Fátima, que cayó prisionera durante la toma de Alhama.

*Mas antes no avrá espuma en las riberas
del brauo mar; i EL PEZ POR ESTA umbrosa
MONTAÑA NADARÁ, que yo en mi pecho
relaxe de tu amor el nudo estrecho (X, 97).*

Pues no menor exageración encierran las palabras de Títero:

*Ante leues ergo pascentur in aether cerui
ET FREYA DESTITUENT NUDOS IN LITORE PISCES.
(Egloga I, 59-60).*

De Títero y Melibeo tomó también la comparación que aparece en la estrofa siguiente:

*La furia sola ve de un hombre armado;
que raudo enuiste, i rompe, i atropella
i qual ciprés, de mimbres rodeado,
entre los que le ciñen, se descuella... (IV, 48)*

donde Oña alude a doña Beatriz, que sobresale entre los demás guerreros, como el ciprés entre "los mimbres" (5).

La emocionante historia de la desdichada hija del rey Pandión, Filomena, a quien los dioses transformaron en ruiseñor, se halla mezclada en la versión que nos presenta Virgilio en sus *Geórgicas*, con la fábula que ve en el ave plañidera a la madre que llora la pérdida de sus pequeños:

*Qualis populea maerens Philomela sub umbra
amissos queritur fetus, quos durus arator
observans nido implumes detraxit: at illa*

(5) "Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes
quantum lenta solent inter viburna cupressi" (Egloga I, 23-24).

*flet noctem, ramoque sedens miserabile carmen
integrant, et maestis late loca questibus implet.*

(IV, 511-515).

*De esta suerte la doliente Filomena
lamenta entre el ramaje de los álamos
sus perdidas crías, que puesto en asecho,
le robó del nido, sin plumas aún el despiadado labrador,
llora ella toda la noche, y desde la rama en que se posa,
repite sin cesar sus lastimeros cantos,
llenando con sus trinos los vecinos bosques.*

(Manuel Machado).

Este tema aparece en la lírica española, sobre todo de la época de oro, en diversas variantes, y constituye otro lugar común de ella. Oña no pudo resistir a la tentación de entretejer el motivo o aludir a él en *El Arauco Domado*, en el *Ignacio de Cantabria* y en *El Vasauero*.

En la primera de esas obras introduce al ruiseñor para pintar la profunda pena que aflige a Gualeva:

Así Gualeva andaba con la pena...

*...
Como la querellosa Filomena
que cuando al nido fué con la comida
no vido en él si no es algunos pelos
reliquias de los huérfanos hijuelos (Canto VII).*

Y en *El Vasauero* aparece en idéntica forma para expresar el dolor de Fátima, que llora su amor perdido. Dice el pastor que acompaña al joven Fernando:

*Escucho a un ruiseñor, que ve robado
del álamo su ya chillante nido
a cuyo dulce canto me suspendo (X, 77).*

No pudo faltar la alusión a esta ave en el *Ignacio de Cantabria*:

*Tú, fuente, que los oyes, casi olvidas
el curso; i tú la dócil rama escaso
hieres Favonio; i tú en la cumbre amena
suspendes tus agravios Filomena (Canto I).*

Pero Oña se aparta de la tradición de Virgilio y recoge el mito en la versión Ovidiana de las *Metamorfosis* (VI, 455 y sgts.), al mencionar a la hermana de Filomena, Progne, y al desventurado hijo de ésta, Itis. Para describir la llegada del invierno, Oña, en su *Arauco Domado*, nos lleva a un paisaje en que se ha apagado toda señal de vida, en que ya no se oyen los alegres trinos de los pájaros:

*Está callada y mustia Filomena,
Itis se encoge, Progne se marchita (Canto III).*

Alude también en *El Vasauero* a la leyenda de la tórtola viuda, variante en que podría verse influencia de Garcilaso (6):

(6) Ver María Rosa Lida: "El ruiseñor de las *Geórgicas* y su influencia en la lírica española de la Edad de Oro". En "Volkstum u. Kultur der Romanen", 1938, XI, 3-4, págs. 290-305.

Mas ya el gallardo Abril de su llegada
viene, oloroso dando alegre auiso
i Flora se descubre, coronada
de rosas, que cortó en el Paraíso;
buelue a gemir la tórtola encerrada,
que nunca reiterar sus bodas quiso;
i Filomena, oyéndose a desseo,
o canta, o llora el crimen de Tereo.

(7) (VII, 19).

(7) Refiere Oña la fábula de Tereo en el "Arauco Domado", canto IV.